



Nota editorial

Editorial note

Mientras redacto partes de este testimonio, pensando en el trabajo arduo que tendré a la hora de compaginarlo, escucho una melodía dulce y turbia que se funde con el zumbido de las moscas, una voz familiar y áspera que me lleva a mi pasado reciente. Todo eso que empezó a desaparecer. (De *Un futuro radiante*, de Pablo Plotkin, citado en el artículo de Carolina Grenoville del presente número)

La primera palabra que debería escribir, por trillada no menos urgente, es “pandemia”, porque es el tiempo en que vivimos, ese estado de excepción de nuestras inciertas vidas, las que hoy palpan a cada rato la fragilidad del mundo, la incredulidad, el miedo, lo incomprendible. Es un tiempo, como lo dijo Borges, que no podemos entender y sin embargo se me hace evidente que para sobrevivir a nuestros propios estigmas debemos hacer el esfuerzo por intentar comprender. La zozobra de un virus desconocido se suma a experiencias desconcertantes, que si bien vuelven obsoletos cosas, ideas, discursos, relaciones sociales, personas (“pleno empleo”, “representación política”, “industrial”, “bibliotecas”, “diccionarios”, la conversación sin objeto, etc.), también actualizan otras que vienen de otros tiempos y que suelen, de hecho, estar siempre, tal vez obliteradas, tal vez negadas. La industria del arte que conoció Adorno –nos dice Hernán Vanoli– se ha transformado, por lo que su concepto de industria cultural, atrasa y no explica lo que pueda ser la literatura o el arte hoy. Aunque podría discutir si esto es, en rigor, así, aceptemos que no vale siquiera preguntarse por lo que sea ahora la literatura y que la cultura literaria es un mundo que atraviesa una metamorfosis radical. Sin embargo, nada tiene más actualidad que el concepto de “razón instrumental” postulado por Adorno y Horkheimer en *Dialéctica del Iluminismo*. Por esa razón es que nos entregamos sin hacernos ni una pregunta –y hasta con más de un “chin chin”– al uso de la tecnología para la educación y creemos en las TICS como por siglos hemos creído en el padrenuestro. Por esa razón “al servicio de” es que poner un aviso a *Gone with the wind* advirtiendo a los espectadores de los contenidos racistas del film –y que algunos pretenden que no se le llame a eso censura– es viable en una sociedad global en la que la imagen lo es casi todo y la mirada de los otros está puesta una y otra vez sobre los pensamientos, las emociones, las acciones de los demás, con el objeto de “medir” qué tan ajustados están al nuevo deber ser del orden de la vida. La lectura silenciosa, la que libertó a hombres y mujeres, en breve, volverá a ser peligrosa, si no nos exigimos no dejarnos llevar por la mitología utilitaria y razonable del presente y nos obligamos a darle sentido al pensar:



Partamos de un principio: nada de lo que hacen los hombres es ininteligible. Decir “no comprendo”, “no comprenderé nunca”, “no puedo comprender”, es, siempre, una derrota. No hay que dejar nada en el registro de lo impensable. La vocación del pensamiento, si uno quiere poder, entre otras cosas, oponerse a lo que se declara impensable, es pensarlo (Badiou, *Nuestro mal viene de más lejos*, 19).

A cuento de estas horas el dossier coordinado por María Laura Pérez Gras es tremendamente oportuno: distintas voces discuten las operatorias de lo que se ha dado en llamar “narrativas especulativas/ anticipatorias”, voces en las que distingo ese intento por imaginar cómo la literatura del siglo XXI está dando claves de comprensión de los tiempos, los espacios, las subjetividades actuales. La tentación de copiar aquí párrafos enteros de cada artículo es inmensa y no es mi intención desatarla; quisiera decir, nomás, que los artículos nos llevan a una literatura que especula sobre el presente, el pasado y el futuro, a una literatura que dan ganas de leer como si fueran, y esto es de Fernando Reati, “las aguafuertes porteñas que hoy escribiría Roberto Arlt”.

Agradecemos a nuestros lectores críticos, José Javier Maristany (Universidad Nacional de La Pampa), Diego Guerra (UNTREF-UBA), Mariela Delnegro (Instituto Superior del Profesorado “Dr. Joaquín V. González” / Escuela argentina de fotografía), Florencia Bonfiglio (UNLP), Cecilia Sánchez Idiart (UBA), Silvia Gabriela Kurlat-Ares, (Johns Hopkins University, George Mason University y Universidad de Buenos Aires), Marta Ferrari (UNMDP), Federico Gerhardt (UBA), Gabriel Giorgi (New York University) y Silvio Mattoni (Universidad de Córdoba- CONICET). Asimismo, damos las gracias a los autores de los artículos y las reseñas que completan el volumen. Desde ya, debemos la tapa de este número al diseño de Valeria González sobre la fotografía de Marisol Araujo. La cultura graffiti que identificamos como parte de un movimiento cultural y político de las décadas del 70 y del 80 en los Estados Unidos, pero que en realidad es quizás la manifestación artística de más larga data en la historia del arte, es parte de estas ucronías, distopías y utopías que la escritura modeliza en la literatura de nuestro tiempo: en el graffiti hay lo efímero y las ruinas, los restos y la totalidad, el autor y el anonimato. Ni más ni menos que lo glacial y lo vital de la experiencia.

Como siempre, agradezco al equipo editorial de la revista, cuya fuerza, creatividad y energía se adivinan en cada número.

Mar del Plata, julio de 2020
Rosalía Baltar